



intervención maléfica, sobre las puñaladas que el marido dio a la dama de la mesa tres por cuenta de sus infidelidades con el sastre. El ejercicio, huelga decir, es meritorio. Sería necesaria en todo caso una relectura, lenta y concentrada relectura que nos revele aquellos pliegues que, no obstante, permanecieron ajenos a nuestra primeriza revisión y que constituyen una de las bondades de la novela. Aparte de ello, es necesario independizar personajes que por un momento dejamos de ver en su verdadera dimensión, entendiendo en todo caso que Cristina no es más que un señuelo para poder acercarse a las otras historias que el libro desentraña. Más allá de aquel “montoncito de carne lanzado al mundo” —Cristina en el columpio— y su vida entre una “montonera de putas y cabrones”, subyacen plenos de significado personajes como el llamado periodista, estoico en el juicio y reacio a arrodillarse a las formas de la etiqueta y la diplomacia; la abuela Damiana, siempre escondida tras el recato, pero devastada por amores perdidos y la sombra de un esposo avasallador, ella, “el origen de esta confusa y caótica situación nacional”, abrigada por la virilidad atroz y rudimentaria de su ‘dueño’, don Justo; acaso Antonio, la tía Julia, el mono Caifás; personajes que, entre tanto, siguen escribiendo la misma historia, la interminable historia de Cristina y Elisa, “dos minúsculos peces que nadie iba a echar de menos. Dorado y plata oscura”, flotando mansamente en las aguas del Leteo.

Carlos Andrés Almeyda Gómez

Fragmentos de un decurso amoroso

Retrato de un amante holandés

KARIM QUIROGA

Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, Colección Generación
del bicentenario, 2010, 61 págs.

PARTE DE la colección Generación del bicentenario, una sana iniciativa de la Universidad Industrial de Santander, que con la disculpa de la conmemoración de la Independencia patria, publicó a escritores comprendidos entre los 25 y los 40 años, ya reconocidos en los contextos regional y nacional —un proyecto que en el actual ambiente editorial otras instituciones deberían imitar con cualquier excusa—, este *Retrato de un amante holandés* revela en apenas sesenta páginas una pasión amorosa signada por las vacilaciones y conflictos inherentes a cualquier pareja y por el hecho externo, inevitable, de la dependencia de quien migra de un país del Tercer Mundo a uno del Primero: “Alguien da más, alguien ofrece, alguien va en búsqueda. Invita. El amante ama por interés y viceversa. Dice que la única opción para quedarme en el país de los sueños es casarme con él. Su poder se acrecienta. Se multiplica. Considero sus palabras y me vuelvo un ovillo” (pág. 27).

Es fácil reconocer en los 37 fragmentos que la componen la precisión del cuentista y la capacidad metafórica del poeta, lo que resulta perfectamente válido, en la medida en que la novela es una forma literaria proteica, caracterizada por la libertad, inclinada a la descripción, las digresiones intimistas y las deformaciones voluntaristas de todos los tipos, los discursos políticos, filosóficos y sociales y la promiscuidad genérica —en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, origen de la novela moderna a principios del siglo XVII, conviven el cuento, la poesía, el teatro y diversas formas de novela antigua y medieval—. Sin ocultamientos ni inocencia (“Escribo y leo. Trabajo por este oficio sin sueldo ni contrato. Sin prestación. Pero la suerte me acecha. La poesía ofrece paisajes y espejismos a los que me aferro exhausta y maniática”, pág. 7),

la voz narrativa femenina adoptada por Karim Quiroga se manifiesta a través de un relato subjetivo, rico en elusiones y alusiones, que contamina de lirismo las situaciones más prosaicas y que, de manera muy apropiada, despliega una y otra vez el juego de las contradicciones románticas: “Paisaje de luz y de sombra. El afecto es artificial aunque genuino. Del fondo de mí misma ofrezco desdén y desamparo. No me ilusiono ni me asombro. No confirmo ni delinco” (pág. 8), y que también, por supuesto, protesta por lo que la decepciona y desenamora: “No hubo preguntas acerca de mis intereses o necesidades. No hubo reconocimiento de mi pasado inmediato. Se hablaba de futuro. De vida en común. En lugares y ciudades para desplazarse y viajar. En integración. Se habló en plural. Un nosotros calculado y estereotipado” (pág. 42), o metaforiza la situación con la conciencia suficiente para aceptar el mea culpa: “Mi amante se hace cosquillas con un cepillo. Tal como yo lo hacía hace años con mi gatito. Para no ensuciarme los dedos. Para no untarme la piel. Para evitar el olor en la punta de los dedos” (pág. 10).



Centrada, como ya está claro, en la experiencia amorosa, *Retrato de un amante holandés* recuerda, en muchos de sus apartes, a la ya lejana *Solitario de amor* (1988) de Cristina Peri Rossi, aunque la escritora uruguaya prefiera desdoblarse en un narrador masculino, y *En Grand Central Station me senté y lloré* (1945), de la canadiense Elizabeth Smart (“Mi corazón contra mi corazón se encarniza. El ritmo de sus latidos es el ritmo de la verdad,



envenenado ritmo”¹; incluso cabe mencionar su sintonía con algunos momentos de *Historia de Simona* (2010, Premio de novela corta José María de Pereda) de Darío Jaramillo Agudelo. Como en las tres novelas citadas, es el contraste entre el deseo y la realidad lo que empuja la narración, lo que obliga al ser que ama y que siente que no recibe el amor que merece, en este caso a la mujer que se incomoda cuando su amante la llama “cariño”, como también llama a muchas otras personas y a sus examantes, a convertir la escritura en alegato, explicación, paño de lágrimas, y el impulso parte de una idea, certera o equivocada, de lo que debería vivir y no vive: “El amor debe contenerme. Debe ser una sustancia a la cual asirme y purificar-me. Debe ser una verdad no absoluta pero manifiesta. Debe ser una sensación en el cuerpo, un bálsamo. Una emoción. El amor debe ser el inicio de este diálogo inconsciente. El sabor único de este espacio que cobra vida más allá de mis sueños” (pág. 34).

Poeta y cuentista galardonada, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1999, Karim Quiroga ha creado una mujer que va mostrando sin mucho pudor, lúcida y honrada, mentirosa y valiente, lo que espera, lo que obtiene y lo que extraña de un hombre, y lo más inquietante de sus confesiones es que intuimos —es tentador decir que sabemos—, que no le podemos creer del todo, que estamos frente a una narración en primera persona particularmente

1. Elizabeth Smart, *En Grand Central Station me senté y lloré*, Editorial Periférica, Cáceres, 2009, pág. 38.

desconfiable. Ese es uno de los grandes aciertos de la novela y el motivo por el cual todas las reseñas que se escriban sobre *Retrato de un amante holandés* serán muy diferentes y tal vez esta sea la única que concluya con la siguiente cita: “Vivo de los recuerdos pero los evado. Vivo rodeada de fantasmas. Estaba de camino al abismo hasta que llegó el amante que me convirtió en princesa y turista de su cuerpo. Boicoteó mis planes. Me enamoré” (pág. 13).

Octavio Escobar Giraldo

Profesor, Universidad de Caldas

El baúl enciclopédico

La mujer barbuda

RAMÓN ILLÁN BACCA

Seix Barral, Bogotá, 2011, 177 págs.

CUANDO VI en la solapa la sonrisa socarrona de Ramón Illán Bacca (n. 1938) y la mirada tibetana de sus ojos, me dieron ganas de sentarme con él en una mesa y decirle: “Abuelo, cuenta un cuento”. Y sabemos que esa ha sido parte importante de su oficio: ser cuentero. Pero también ha publicado hasta el momento cuatro novelas, y van con esta, cinco.

El párrafo que sigue es el comienzo de la reciente novela *La mujer barbuda* de Ramón Illán Bacca Linares. Y la obra comienza con una “Indagación” sobre un naufragio. ¿Indagación de qué? De un chisme, un rumor persistente en donde hay algo oculto; de esos que, en la cultura oral del Caribe, los juglares locales expanden por las costas hasta dar origen a la literatura y a las letras de las canciones populares.

El hundimiento de un circo propiedad de una muchacha barbuda era una historia que se contaba en voz baja pero nadie escribía. El hecho se había convertido en un asunto espinoso y el paso de los años entreveró la prohibición y el olvido.

Tan solo un integrante del Grupo de Barranquilla, que firmaba su columna con el nombre de *Puck*, escribió sobre el hundimiento de un circo y cómo los sobrevivientes fueron con

el transcurrir de los años troncos de las más respetables familias de la ciudad. El artículo produjo una risa *pas-cual* colectiva y no se habló más del asunto. [pág. 9]

Pero se siguió hablando y escribiendo del asunto. Esa indagación preliminar, que ocupa las primeras cuatro páginas del libro, consigna la información central que servirá de base a la novela. Las premisas de la saga son aportadas a la historia por Gilliam Altamira, una *señorita* que descubre en su casa familiar lo que bautiza como “El arcón del tesoro”. De él saca “folios, infolios, legajos, libros y libracos”, hallazgos con los que reconstruye la historia del naufragio. Tiempo después, y ante la imposibilidad de publicar su tesis sobre el caso, la señorita le dona al Museo Romántico de la ciudad el material y, de allí, un narrador travieso que se hace pasar por “El autor” dice sacar los datos que transcribe en los capítulos siguientes. Empiezan pues las urdimbres.

La vida y el destino de Perpetuo Socorro del Valle, una preciosa chica con hirsutismo agudo y por ello barbuda, se develan poco a poco cuando se ensamblan los testimonios de varios personajes:



Mister Spencer Cow, un aventurero “cazador de orquídeas” que desembarca en Santa Marta durante el gobierno de Rafael Reyes, se toma la tarea de registrar en sus libretas forradas con hule negro (presentes, por supuesto, en el arcón de los tesoros de Gilliam) todo lo que va viendo a su llegada y durante su estadía. Tiene